

Descubrimiento de Nicaragua

El 9 de Mayo de 1502, Cristóbal Colón salió de Cádiz con cinco carabelas y 150 hombres, llevando por objeto el buscar la comunicación para la India, que suponía existente en territorio americano.

Efectuaba su cuarto y último viaje y le acompañaban su hermano don Bartolomé el Adelantado, intrépido y entendido mareante y su hijo menor Fernando Colón, casi niño todavía.

Una violenta tempestad puso en peligro sus naves frente a Santo Domingo, donde le negaron el asilo. Siguiendo su derrotero tocó algunos islotes y cayos que conocía desde sus anteriores viajes, y caminando hacia el Sur-oeste descubrió el 30 de julio, las islas de la bahía de Honduras.

El 14 de agosto descubrió el cabo de Cajinas, y el 17 desembarcó en la boca del río Tinto y tomó posesión solemne del territorio a nombre de la Corona de España.

Continuando siempre hacia el Sur-oeste fue nuevamente arrebatado por una gran tempestad que duró cerca de un mes y en la cual el peligro llegó a ser tan inminente, que las tripulaciones se confesaron unas a otras, preparándose para la muerte.

Al fin, después de larga y azarosa lucha con los elementos, el 12 de septiembre se logró doblar un cabo, comenzó a soplar viento bonancible, calmó la tempestad, las naves siguieron hacia el Sur, y Colón, penetrado de gratitud y de religioso respeto, dió a aquel lugar el nombre de Cabo de Gracias a Dios.

La Primera tierra de Nicaragua acababa de ser descubierta de un modo providencial por el propio Colón, y éste después de permanecer un día en ella, continuó al siguiente navegando con su escuadrillo a lo largo del litoral, y a las 60 millas fondeó para proveerse de leña y agua en la embocadura del río Grande, en cuya barra perdió un bote con su tripulación.

De allí se dirigió guiado por la costa a la embocadura del río Rama y ancló en la isla actual de Bosby y tierra firme, el 25 del mismo Septiembre.

En aquella tierra encontró, una legua adentro, un pueblo indígena llamado Cariay, a orillas de un hermoso río, en un terreno florido, salpicado de colinas y de árboles de extraordinaria altura.

Los habitantes, al ver las embarcaciones y los seres extraños que navegaban en ellas, se sobrecogieron de temor y se apresuraron a defenderse, haciendo uso de sus armas.

Colón procedió con toda prudencia y no quiso desembarcar aquel día ni el siguiente, hasta que logró tranquilizar a los naturales y entrar en pláticas y arreglos con ellos.

Según el informe de Colón, aquellos naturales eran altos, robustos, bien proporcionados y de semblante risueño.

Su idioma era diferente del de los antillanos, llevaban camisas

de algodón sin mangas, eran púdicos, usaban el cabello trenzado encima de la frente y el cuerpo pintado de figuras extrañas de color rojo o negro.

Los jefes llevaban una gorra de algodón tejido, adornada con plumas, y las mujeres tenían el talle ceñido con vistosas telas, las orejas, los labios y las narices agujereados y usaban pendientes de oro muy mezclado de cobre.

En sus chozas tenían herramientas de cobre o pedernal objetos fundidos y soldados, crisoles y fuelles de pieles y se alimentaban de la caza y pesca.

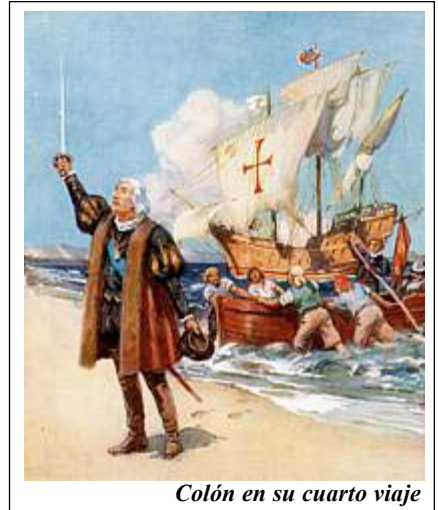
Desembarcó el Adelantado don Bartolomé con otros pocos españoles, queriendo tomar algunos datos acerca del país, comenzó a preguntar por señas y mandó al Escribano que asentase las respuestas que se obtuvieran. Los naturales, que al ver escribir se alarmaron, atribuyendo sin duda a hechicería aquella operación nueva y extraña para ellos, echaron a huir, volviendo a poco con unos polvos que pusieron a quemar, procurando arrojar el humo a los españoles. No menos supersticiosos éstos que aquellos, creyeron a su vez que se trataba de hechizarlos.

El mismo Colón pagó tributo a las ideas de su época y dió por cierto el peligro que corrió de ser así dañado por aquellos salvajes.

Continuando su excursión el Adelantado, encontró en el interior del pueblo, sepulcros con cadáveres embalsamados unos, y otros perfectamente conservados, envueltos en telas de algodón y adornados con joyas. En las tablas que cerraban las cajas, vió esculturas de animales en unas, y de rostros humanos en otras.

Tomó Colón dos indios para que les sirvieran de guías, lo que causó gran pesadumbre en el pueblo, y el 5 de octubre se hizo nuevamente a la vela con dirección a la costa de Veragua.

Once años después de estos acontecimientos, cuando ya Colón dormía el sueño de la muerte y cuando habían tenido efecto otras muchas expediciones a distintos puntos; el intrépido Vasco Núñez de Balboa atravesó el istmo de Panamá, y el 25 de septiembre de 1513 descubrió el Océano Pacífico, donde se fijó entonces la atención del Gobierno y de los aventureros españoles.



Colón en su cuarto viaje